

ñala una omisión llamativa al respecto en la monografía: la poca atención dedicada a la primera carta de Clemente, que suele datarse antes del año 100, e incluso antes de Marción, y que incluye lo que parecen al menos dos referencias claras a Mt 7,2 y Lc 17,1-2; por tanto, a material evangélico temprano y no a Marción. Es decir, que habiendo dos pasajes en 1 Clemente que tienen la capacidad de refutar el argumento de Vinzent, éste no los trata.

Como ya se ha dicho, un aspecto que llama la atención en la monografía es que, en ocasiones, se incluyen afirmaciones con cierta rotundidad que, en realidad, exigirían numerosas matizaciones y mucha demostración. Por ejemplo, el autor se refiere a la hipótesis de que Marcos haya sido escrito por alguien que conoció a Pedro; hipótesis basada en la cita de Papiás que recoge Eusebio de Cesarea y en la tradición patrística acerca de Juan Marcos. Vinzent despacha esta posibilidad, y con ella la posible redacción temprana de Marcos, adhiriéndose a la siguiente opinión de K. Niederwimmer sobre Marcos, que cita textualmente: «el hecho de que el autor muestre poco conocimiento de la topografía y cultura palesti-

nas hace imposible que sea Juan Marcos (...) Papiás no se basa en ninguna historia sólida sino en argumentos apologeticos y tendenciosos» (p. 164). Pero esta acusación a Papiás queda sin demostración, y el tema se abandona. Otro aspecto que destaca en la monografía, conectado con el anterior, es que en bastantes ocasiones se realiza un despliegue amplio de numerosas opiniones de diferentes autores. Pero el lector no sabe al final cuál es exactamente la posición que adopta Vinzent al respecto. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en las pp. 172-173. Después de presentar, en tan sólo un párrafo, cerca de 30 opiniones sobre el lugar de procedencia de Marcos, el lector no recibe ninguna conclusión clara sobre el asunto y el capítulo llega a su fin.

En resumen, nos encontramos ante una obra de referencia interesante por la abundancia bibliográfica y el buen trenzado de opiniones y propuestas sobre la datación de los evangelios sinópticos. Una obra, no obstante, que trata de demostrar la prioridad de Marción frente a los sinópticos y que, en opinión de muchos, no queda demostrada.

Pablo M. EDO

JOSÉ BENITO CABANIÑA, *Jesús explicado hoy*, Madrid: Rialp, 2016, 209 pp., 14 x 20, ISBN 978-84-321-4698-5.

Karl Adam comenzaba su vida de Jesús, «Jesucristo», con unas palabras de Dos-
toievski: la cuestión de la fe, afirmaba, «se reduce en definitiva a esta pregunta apremiante: ¿Puede un hombre culto, un europeo de nuestros días creer aún en la divinidad de Jesucristo, Hijo de Dios? Pues en esto consiste propiamente toda la fe». La frase tiene hoy todavía una vigencia mayor, cuando tantos aspectos institucionales del cristianismo son puestos no pocas veces bajo sospecha. Sin embargo, la figura de Jesús se

ofrece como verdad, como una realidad ante la que el interlocutor se siente medido y debe decidir. Pero para ello es necesario primero conocerlo bien; ante un simulacro de Jesús, el interlocutor no se siente interpelado. Algo parecido a lo que apuntaba Wittgenstein cuando señalaba que si el cristianismo era verdadero entonces la filosofía que se había escrito sobre el cristianismo no lo era, al tiempo que anotaba que le hubiera gustado ser sacerdote, o, al menos, ser maestro para poder leer el Evangelio a los niños.

Estas consideraciones vienen a la cabeza cuando uno tropieza con el libro que se comenta con estas líneas. A decir verdad, quizás un título más preciso del contenido hubiera sido *Jesús explicado desde cero*. El autor anota en la «Presentación» que el libro nació de su labor pastoral como sacerdote cuando se encontró con personas que, procedentes de culturas orientales, no tenían ninguna información del cristianismo y que por la gracia de Dios y por el ejemplo y el trato con algunos cristianos se decidieron a recibir el bautismo. A estos primeros catecúmenos se les unieron otros, y otros, y de todas las catequesis salió este libro.

Al comenzar el camino catequético el autor se encontró con que era imposible explicar a Jesucristo si antes no se contextualizaba en un proceso, la historia de la salvación, que se inicia con el designio creador y salvador de Dios y que se contiene esencialmente en la Biblia. Es lo mismo que decir que se encontró en la misma situación que san Pablo en su ministerio a los gentiles. Sin un marco preciso no se entienden la persona y la obra de Jesús.

De ahí la estructura de la obra en cuatro partes. La primera se titula «Las grandes preguntas» y trata del origen de las religiones, el origen del mundo, y las cuestiones decisivas: el hombre, el bien y el mal, lo trascendente y lo efímero, etc. En sus respuestas, el autor se atiene a las propuestas de la Biblia. La segunda parte se dedica a la historia de Israel según se narra en la Biblia. El Antiguo Testamento ideológicamente mantiene siempre el punto de vista de Dios, de modo que las vicisitudes de Israel siempre se entienden como un diálogo –a veces conflictivo– de Dios con su pueblo en orden a la salvación que espe-

ran. Si las cosas se ven desde esta perspectiva, resulta lógico entender por qué a Cabaniña le ha resultado sencillo explicar la acción de Dios con los hombres siguiendo los pasos de la Biblia. Las partes tercera y cuarta tratan sobre Jesús: su vida, su ministerio, su pasión y su resurrección. Son, obviamente, las partes más extensas del libro –120 páginas sobre el total de 209– y siguen el mismo procedimiento: explican el misterio de Jesús siguiendo muy de cerca las narraciones evangélicas.

Es evidente que no resulta necesario detenerse pormenorizadamente en los contenidos. Lo que hace al libro interesante es en primer lugar su actualidad, en un momento cultural donde la ignorancia es muchos jóvenes sobre el cristianismo es enciclopédica. Una segunda virtud del libro es la amenidad. El texto mantiene un tono narrativo, donde una cosa se explica a causa de la otra, que implica al lector en el mundo del texto. La otra cualidad del libro, difícil de explicar en un resumen, proviene de la sabiduría del autor. El autor se sirve de un lenguaje y unos modos de explicación sencillos, pero sin caer en la simpleza. Lo mismo se puede afirmar de su lectura de la Biblia. El autor se atiene a la lectura literal de los textos bíblicos, pero sin caer en lecturas literalistas. El autor conoce la exégesis y los comentarios bíblicos –aunque el texto, obviamente, va sin notas a pie de página– pero no los invoca y se sirve de ellos únicamente para leer bien los textos y poder explicar a Jesucristo hoy.

Será pues un libro muy eficaz para ayudar a la catequesis y la evangelización en estos tiempos recios que vivimos.

Vicente BALAGUER